

# II domingo de Cuaresma

---

- **Gén 12, 1-4a.** Vocación de Abrahán, padre del pueblo de Dios.
- **Sal 32. R.** Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti.
- **2 Tim 1, 8b-10.** Dios nos llama y nos ilumina.
- **Mt 17, 1-9.** Su rostro resplandecía como el sol.

## 1. ¿Qué dice la Palabra?

La Iglesia nos presenta este segundo domingo de Cuaresma el texto de la Transfiguración de Jesús. Comienza diciendo “seis días después”, esto se refiere a cuando Pedro pronuncia su profesión de fe en Jesús, el Cristo, el Mesías, el Salvador. Pero también inmediatamente Jesús les había anunciado la Pasión. Ellos están ahora confundidos, no han entendido el porqué del sufrimiento.

Jesús en persona elige tres de ellos para llevarlos a un monte alto — recordemos que la montaña tiene el sentido de que las grandes manifestaciones de Dios a Israel se han dado en las montañas—. En este monte, Jesús se transfiguró, es decir, su humanidad, se vio envuelta en la gloria de la Divinidad. Es como un anticipo pascual para estos tres discípulos.

Pero en este monte, también hay un recuerdo del cumplimiento de las Sagradas Escrituras. Aparecen junto a Jesús, Moisés y Elías: los dos representan la síntesis del Antiguo Testamento, es decir, la Ley y los profetas. Recordemos también que Moisés pasó seis días en el monte cuando se le apareció Dios.

Los tres discípulos están viviendo una experiencia “fuera de lo común”, están siendo partícipes de un adelanto de la Gloria, y es la confirmación que en Jesús se cumplen las Escrituras. Por lo tanto, Jesús no invitará a un cambio de Religión, sino a dar cumplimiento al testamento ofrecido por el Padre.

Es cuando en este momento, Pedro se dirige a Jesús con el título mesiánico de “Señor” y le pide autorización para hacer tres tiendas —lo que evoca la fiesta judía de Tabernáculos—. Pero de repente los cubre una nube luminosa, que indica la presencia de Dios. La nube acompaña como signo también en el Antiguo Testamento en muchos pasajes. Pero de esta nube sale una voz que vuelve a revelar, al igual que en el Bautismo de Jesús, que éste es su Hijo amado, su predilecto, y dice «escuchadlo» —escuchar en el pueblo de Antiguo Testamento no sólo es oír, también significa prestar suma atención y obedecer: Shemá Israel—.

Para un judío que había escuchado los relatos antiguos, sabía que quien veía a Dios moría. Por eso comienzan a tener miedo. Pero sin embargo Jesús realiza tres verbos: Se acercó, los tocó y les dijo: «no tengáis miedo». Es aquí cuando se incorporan, sólo ven a Jesús quien les pidió que no lo dijeran a nadie hasta que Él hubiera resucitado.

## 2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

- La vida en relación con el Señor, ser su discípulo, nos invita también a estar con Él. ¿Qué siento yo cuando Jesús me invita a estar con Él?
- Jesús se muestra a sí mismo no sólo como el gran maestro, sino que da un anticipo de su gloria. ¿Creo de verdad que Jesús es el Señor?
- ¿Qué significa en mi vida, que Jesús es el centro de las Sagradas Escrituras? El Antiguo y Nuevo Testamento sólo se refieren a Jesús. ¿Cuál es mi relación con Jesús.
- ¿Cómo vivo en mi vida personal esto que dice el Padre: “Este es mi hijo querido, mi predilecto, escuchadlo”? ¿En verdad escucho a Jesús en todos los momentos de mi vida?
- ¿Tengo miedo de acercarme a Jesús? ¿Tal vez escucharlo signifique para mí, dejar un estilo de vida que yo tengo muy instalado. No será eso lo que me pide el Señor?

## 3. ¿Qué le decimos a Dios?

Gracias Señor por tu Palabra Salvadora. Gracias porque nos invitas a reconocerte como Dios y Salvador. Te pedimos la gracia de saber escucharte, de conocer cada vez más tu Palabra. Permite Señor que sea dócil a tu Palabra, que realmente mi vida sea la de un “escucha atento” a todo lo que me dices. Señor, al igual que los discípulos tengo miedo. Quisiera que tú también te acerques a mí, que toques y me recuerdes esa frase “no tengas miedo”. Quiero seguirte Señor Quiero ser tu Discípulo, quiero que en este seguimiento, entienda que debo transformarme también en anunciador de la Buena Noticia. Amén.

## 4. La voz del Papa Ángelus 8/3/2020

**Queridos hermanos y hermanas: ¡buenos días! [...]**

El Evangelio de este segundo domingo de Cuaresma (cf. Mateo 17, 1-9) nos presenta el relato de la Transfiguración de Jesús. Jesús lleva a Pedro, Santiago y Juan con Él y sube a un monte alto, símbolo de la cercanía a Dios, para abrirles a una comprensión más completa del misterio de su persona, que debe sufrir, morir y luego resucitar. De hecho, Jesús había comenzado a hablarles sobre el sufrimiento, la muerte y la resurrección que le esperaba, pero no podían aceptar esa perspectiva. Por eso, al llegar a la cima del monte, Jesús se sumergió en la oración y se transfiguró ante los tres discípulos: «su rostro —dice el Evangelio— se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz» (v. 2).

A través del maravilloso evento de la Transfiguración, los tres discípulos están llamados a reconocer en Jesús al Hijo de Dios resplandeciente de gloria. De este modo avanzan en el conocimiento de su Maestro, dándose cuenta de que el aspecto humano no expresa toda su realidad; a sus ojos se revela la dimensión sobrenatural y divina de Jesús. Y desde arriba resuena una voz que dice: «Este es mi Hijo amado [...]. Escuchadle» (v. 5). Es el Padre celestial quien confirma la “investidura” — llamémosla así— de Jesús ya hecha el día de su bautismo en el Jordán e invita a los discípulos a escucharlo y seguirlo.

Hay que destacar que, en medio del grupo de los Doce, Jesús elige llevarse a Pedro, Santiago y Juan con Él al monte. Les reservó el privilegio de ser testigos de la Transfiguración. ¿Pero por qué elige a los tres? ¿Porque son los más santos? No. Sin

embargo, Pedro, a la hora de la prueba, lo negará; y los dos hermanos Santiago y Juan pedirán ser los primeros en entrar a su reino (cf. Mateo 20, 20-23). Jesús, no obstante, no elige según nuestro criterio, sino según su plan de amor. El amor de Jesús no tiene medida: es amor, y Él elige con ese plan de amor. Es una elección gratuita e incondicional, una iniciativa libre, una amistad divina que no pide nada a cambio. Y así como llamó a esos tres discípulos, también hoy llama a algunos a estar cerca de Él, para poder dar testimonio. Ser testigos de Jesús es un don que no hemos merecido: nos sentimos inadecuados, pero no podemos echarnos atrás con la excusa de nuestra incapacidad.

No hemos estado en el Monte Tabor, no hemos visto con nuestros propios ojos el rostro de Jesús brillando como el sol. Sin embargo, a nosotros también se nos ha dado la Palabra de salvación, se nos ha dado fe y hemos experimentado la alegría de encontrarnos con Jesús de diferentes maneras. Jesús también nos dice: «Levantaos, no tengáis miedo» (Mateo 17, 7). En este mundo, marcado por el egoísmo y la codicia, la luz de Dios se oscurece por las preocupaciones de la vida cotidiana. A menudo decimos: no tengo tiempo para rezar, no puedo hacer un servicio en la parroquia, responder a las peticiones de los demás... Pero no debemos olvidar que el Bautismo que recibimos nos hizo testigos, no por nuestra capacidad, sino por el don del Espíritu.

Que, en este tiempo propicio de Cuaresma, la Virgen María nos otorgue esa docilidad ante el Espíritu que es indispensable para emprender resueltamente el camino de la conversión.